

A pesar de la furiosa resistencia que opuso, Baltasar tuvo que sufrir las pruebas solemnes. Le arrancaron el cuello de la camisa y metieron su dedo pulgar en un líquido negro y espeso, después de lo cual una formidable exclamación rodó por las rocas hasta el mar.

—¡Mustaphá! ¡Mustaphá!...

El jefe, que debía ser Revad Pachá, sacudió de nuevo sus brazos frenéticos, cada uno de los cuales sostenía un alfanje. Luego se precipitó sobre Baltasar, le rodeó el cuello con sus brazos, sin soltar los alfanjes, y profirió con una alegría delirante:

—¡Hijjo mio! ¡Hijjo mio!...

CAPITULO VII

Siempre queda sitio en un corazón amante.

LA primera sensación de Baltasar fué dolorosa, pues tuvo que sufrir el ataque de una barba mal afeitada, erizada de pelos raros y duros, como las púas de una chumbera. Pero la exaltación personal de aquel personaje le conmovió... ¡Cuánto ardor y qué apasionado arrebató vibraba en aquel padre desconocido!

Arrastró a "su hijjo" hasta un banco de piedra situado en un montículo, se encaramó a su lado y dió suelta a un torrente de elocuencia gutural que hacía temblar el corazón de Baltasar como el sonido de una trompeta. Sucesivamente, y en un idioma que parecía formado por golpes de címbalo y redobles de tambor, fué invocando al cielo, apostrofó al

Adriático y tomaba por festigo a los picachos vecinos.

Baltasar era el objeto constantemente designado de aquella ardiente alocución. Se golpeaba la frente gritando:

—¡Profesur! ¡Profesur!...

Pero otro nombre venía con frecuencia a sus labios, que el Pachá pronunciaba con tal acento de odio feroz, que hacía correr entre la muchedumbre estremecimientos de cólera:

—¡La Catarina! ¡La Catarina!

A consecuencia de una carga a fondo contra esta Catarina, la exaltación llegó al paroxismo. Revad Pachá cogió dos revolvers y disparó al aire con los dos brazos extendidos. Salvas de mosquetería respondieron de la montaña. La hora de la batalla había sonado; los guerreros de faldelines plisados se agitaban en todas direcciones.

Entonces, vuelto hacia *el profesur*, Revad Pachá le puso ante los ojos una fotografía de mujer, muy bella, de tipo oriental, y con voz llena de rabia dijo:

—¡Tu madre... Mustaphá... Catarina la Bribona!

Sin duda alguna, era la adversaria a quien había que combatir, y Baltasar aportaba a la

pelea su título de príncipe heredero y su prestigio de "profesur".

La fotografía de Catarina fué a reunirse en el fondo de su bolsillo con las de Ernestina Henrioux y Angélica Fridolin. Esta nueva filiación no dejaba de halagarle. Había sido arrastrado por tal corriente de peripecias y transplantado tan bruscamente de suelo, que se encontraba en cierto modo, y por un tiempo más o menos largo, como despojado de sus anteriores sentimientos, y dispuesto a sufrir desde el primer empuje la fuerza irresistible de las nuevas circunstancias. Respondió con vehemencia a los abrazos de un padre que le pareció de elevada categoría y dejó de sentir los pinchazos de las púas de chumbera.

Con un ardor de neófito se fragó el contenido de una escudilla llena de gachas que le ofreció el Pachá y que eran francamente execrables.

Entretanto, trajeron caballos, pequeños animales angulosos y cuya cola barria el polvo del suelo.

El guardapolvo de Fridolin, que le estaba muy grande, fué abierto por detrás con un puñal y sujeto por un cinturón lleno de cartuchos y del que pendía un sable tan largo

como la cola del caballo; hizo el papel de uniforme de campaña. Un fez recortado adornó con ancha franja encarnada el sombrero de copa de Baltasar. Un arsenal de pistolas y yataganes le fué colocado encima. Realmente, el príncipe heredero tomaba un aspecto marcial.

El príncipe heredero notó, no sin sorpresa, que el arte de la equitación no guardaba secretos para él y para su caballo al ruido de petardos y fusilería; no trotaba más que un burro cansino.

A la salida del campo, el sendero se adhería al flanco de las montañas. Uno a uno, infantes y caballeros seguían el borde de los más profundos precipicios. En una revuelta, Baltasar pudo devolver el almuerzo, y tranquilo de alma y de estómago, acabó por dormirse sobre su cabalgadura.

A las seis, habiéndose ensanchado el camino, su padre vino a abrazarle y le facilitó sobre el asunto explicaciones minuciosas que el príncipe heredero escuchó con la misma religiosidad que si conociera los menores matices del idioma empleado. Después, las tropas desfilaron ante ellos, y Baltasar sentía que Calabacita no estuviera allí para asistir a aquellas grandiosas manifestaciones. Cami-

naron hasta el anochecer del siguiente día, con pequeñas paradas que despertaban a Baltasar con sobresalto. Atravesaron las áridas montañas, y de pronto, a la salida de varios desfiladeros, abrióse una ancha llanura en la que se observaban hogueras y grupos de hombres. Era el ejército enemigo. La suerte del país se decidiría al siguiente día.

Se levantaron varias tiendas en una planicie rocosa. Mientras que Revad Pachá partía en inspección, Baltasar divisó a dos jayanes con faldellin que sujetaban a un caballo por la brida. De él descendieron una larga cesta de mimbre que colocaron ante la tienda vecina; atada con cuerdas, había una mujer, ante la cual montaron la guardia con puñal en mano. Era joven y bella. La seda de sus vestidos estaba tejida de oro y plata; el enrojecido cielo iluminaba su rostro. Sonrió a Baltasar, quien la saludó cortésmente con su sombrero de copa. No cesó de contemplarla hasta que las sombras de la noche la ocultaron a sus miradas.

A su regreso, Revad Pachá lo estrechó fuertemente contra su pecho, y ambos se extendieron sobre pieles de animales y cojines, donde el primero no tardó en roncar.

Casi en seguida se oyó la música de una

guitarra, y una voz femenina meció la plácida noche con una canción dolorosa y apasionada. Trastornado de emoción, Baltasar reclinó la cabeza contra el pecho de su padre, quien murmuró:

—Hijo mío... hijo mío...

No pudo conciliar el sueño. A veces pronunciaba el nombre de Calabacita, y la imagen de la joven, con sus dos rígidas trenzas, flotaba ante sus entreabiertos párpados.

La joven cautiva cantó toda la noche.

Oyéronse algunos disparos. El cielo comenzaba a clarear. Revad Pachá besó a su hijo.

Antes de comenzar el combate, dió algunas instrucciones a los jayanes, que significaban a las claras que, en caso de derrota, debían estrangular a la prisionera. Cumplido esto, dió un agudo silbido y acudió su estado mayor, dando comienzo la batalla. Comenzó mal para la buena causa. Toda su artillería fué destruída, y no por los obuses ingleses de la Cafarina, de los que no explotó ninguno, sino porque los cañones franceses de Revad estallaron todos, suprimiendo del primer golpe oficiales, soldados, equipos y municiones.

Los dos ejércitos se lanzaron entonces uno contra otro. Los hombres ardían en el noble

deseo de matar. Revad Pachá, rodeado de su estado mayor, espoleó su caballo, y Baltasar constató orgullosamente que el galope del caballo íbale tan bien como el ritmo del paso.

—Es lástima que Fridolin—se decía—no esté a mi lado. Fridolin vale un regimiento.

Pero a la primera bala que silbó cerca de su oído, el príncipe heredero se dejó caer y toda la caballería pasó por encima de su cuerpo.

Cuando se puso de pie se apresuró a desembarazarse de sus arreos guerreros. Con su abrigo mostaza y el sombrero de copa parecía un viajero inofensivo y nadie se ocupaba de él.

Sin embargo, la batalla estaba en su apogeo. No eran más que duelos furiosos, encuentros en grupos, choques de densas masas. Había muchos que escapaban. Era indudable que uno de los dos ejércitos cedía, ¿pero cuál? Los faldellines eran todos iguales y los rostros color ladrillo tenían la misma expresión salvaje y espantada.

De pronto Baltasar vió a los dos jayanes que perseguían a la prisionera. Saltaba ágilmente sobre los cadáveres; pero por mucho que corría, se veía que iban a alcanzarla y que la matarían, cuando Baltasar se deslizó

ante ellos blandiendo sobre sus cabezas la culata de un fusil. La vista del príncipe heredero les detuvo; con gesto violento hizoles signo de que se fueran, y se marcharon. La muchacha, entonces, le estrechó la cabeza entre sus brazos y exteriorizó su gratitud con un largo beso y encantadores suspiros.

Les separó la llegada de una patrulla. Los guerreros, que debían ser enemigos, reconocieron a la muchacha.

—¡Hadidgé! ¡Hadidgé!..

Algunos de entre ellos se prosternaron; después se pusieron en marcha siguiendo una dirección contraria a la de los fugitivos, cuyo número aumentaba de más en más.

La muchacha no había soltado la mano de su salvador. Por poca cosa que comprendiese, en aquella avalancha de acontecimientos no dejaba de entrever confusamente que la buena causa estaba perdida, que Hadidgé se hallaba entre los partidarios de Catarina, que ésta había ganado la batalla, y que él, Baltasar, huyendo del combate, traicionaba a su país y a su padre de la forma más indigna; pero la muchacha le había dejado en los labios el gusto de un beso que haciale dócil como un niño.

Tenía un rostro dulce y una expresión de

inefable bondad. Los guerreros, al contemplarla, olvidaban sus fatigas y adoptaban un aspecto sumiso. Con sonrisa traviesa hollaba el espantoso rostro de los cadáveres, y con la punta de una fina espada que empuñaba en su mano libre, divertíase a veces en perforar el ojo de algún herido. Baltasar, sublevado de horror, no sabía qué pensar de ella.

La batalla tocaba a su fin, pero al formidable gesto de un guerrero que combatía en la altiplanicie, abrió una brecha en el cerco de sus agresores y Baltasar reconoció la silueta de su padre. Entonces rompió la dulce presión de Hadidgé, y perseguido por sus furiosos reproches, se alejó de ella, franqueó verdaderos montones de heridos y se lanzó en la refriega.

Su intervención fijó el desenlace; es decir, que Revad Pachá tuvo que renunciar a toda esperanza de salvación ya que le fué necesario defender y proteger, a su hijo. Baltasar, situado entre su padre y una roca, encogíase lo más posible y, al igual que aquel hijo de un rey de Francia que señalaba los golpes dirigidos contra sus padres, gritaba:

—Tenga cuidado a su derecha... a la izquierda, a la izquierda, padre mío...

El padre sucumbió y fué rápidamente ama-

rrado al igual que aquel señor con abrigo mostaza, cuya presencia en aquellos lugares nadie se preocupó de explicar.

La captura del gran jefe produjo transportes de alegría. Se le acostó en una carreta con el rostro vuelto hacia el sol de Mediodía e impregnado de miel para que las moscas y las abejas fueran a deleitarse. Baltasar se alegró de que le aplicaran el mismo tratamiento.

Por un camino sinuoso llegaron, en el corazón de la montaña, a las puertas de una pequeña fortaleza con puente levadizo, que debía datar de las Cruzadas.

Un caballero con faldellines les recibió y les encerró en una habitación abovedada, sostenida por un pilar central, a la cual daba luz una ventana en forma de ojiva y cuya ornamentación estaba formada por instrumentos de tortura: potros, hachas, tenazas y yunques; les quitaron las cuerdas y les sujetaron con cadenas, dejándoles libres las manos; pusieron a su lado un cántaro con agua y una escudilla de gachas y les dejaron solos. Era tal su cansancio, que pronto se quedaron dormidos.

El ruido de una violenta discusión despertó a Baltasar. Con los brazos en alto y los puños

apretados, su padre dirigía toda clase de denuestos a una mujer que, en la misma actitud amenazadora, le llenaba de injurias. Sus puños casi se tocaban.

No tuvo que recurrir a la fotografía para saber quién era aquella mujer. Revad Pachá profería su nombre como si fuera el peor de los ultrajes.

—¡La Catarina! ¡Catarina la Bribona!

Esta tenía un rostro duro, marchito, cubierto de polvo amarillo, pero admirable todavía, y sus brazos desnudos, adornados con argollas de plata, eran tan bellos como los de una estatua. La agudeza de su voz hizo enmudecer al Pachá. Llamó, y el señor de los faldellines entró en la estancia acompañado de media docena de guerreros, uno de los cuales traía un pincho de hierro al rojo blanco. A una orden de la Catarina aplicaron la extremidad de este pincho sobre la frente del jefe, entre las dos cejas; la piel chirrió bajo el fuego, pero el Pachá permaneció impassible, mientras Baltasar se desmayaba.

La Catarina, que ignoraba quién era aquel personaje de sombrero de copa, preguntó al de los faldellines algo acerca de él. Ni éste ni los otros sabían nada, y creyendo se trataba de un error, le soltaron las cadenas.

Baltasar se tambaleó. La vista de los instrumentos de tortura, el olor de piel chamuscada, el haber ingerido una nueva escudilla de gachas, todo, en fin, era superior a sus fuerzas, y a pesar de su agotamiento se dirigió a la puerta a toda prisa, tratando de huir. Ya Revad Pachá se regocijaba interiormente de esta libertad y creía en la salvación del príncipe heredero, cuando, por desgracia, los ojos del padre y del hijo se encontraron. Entonces Baltasar se detuvo y dijo:

—¡Soy el príncipe heredero, soy Mustaphá!..

La mujer pareció estupefacta, mientras Baltasar repetía orgullosamente golpeándose el pecho:

—¡Mustaphá!... ¡Mustaphá!

Tras un instante, la mujer le arrancó el cuello de la camisa violentamente, y las tres letras aparecieron. Tal fué el júbilo que la sacudió, que Baltasar se sintió seducido, imaginando que iba a estrecharle en sus brazos y a festejar fiernamente a este hijo que el destino favorable la devolvía; pero lo que hizo fué ordenar que lo encadenase de nuevo, aplicaron la punta roja a su frente y se retiró lanzando carcajadas que resonaban siniestramente en la cámara del suplicio.

CAPITULO VIII

Muero contento por la buena causa.

BALTASAR, Baltasar, ¿has olvidado que la filosofía cotidiana se complace en negar el heroísmo y proclama la vanidad del sacrificio? ¿A qué fundar una doctrina para repudiarla al menor impulso de un corazón sensible? Mira cómo hoy arriesgas la vida o te expones a suplicios peores que la muerte por no abandonar al tercero de tus padres y permanecer fiel a los deberes, algo ficticios, de príncipe heredero.

Pero Baltasar no era hombre que se hiciese preguntas y no consideraba a la lógica como una virtud primordial. Quienquiera que fuese su padre, él le amaba, y no se abandona a un padre a la hora del peligro.

Como se lo permitieron sus cadenas cuidó a su padre herido, atacado de fiebre en los